



## CAPÍTULO XII.

¿Embragarse, charlar, voçear, hacer el fanfarrón, blasfemar y sostener con su sombra insensatos discursos?

SHAKSPEARE. — *Othello*.

**C**ONFORME se ha visto, el peor de mis defectos era el de un invencible orgullo, que me exponía á frecuentes mortificaciones.

¿Amaba á Diana ó no? Lo ignoraba yo mismo. No obstante, desde que Rashleigh me habló de ella como de una conquista que se dignaba utilizar ó desechar á voluntad suya, cuantos esfuerzos habia hecho la pobre muchacha, en la inocencia y rectitud de su corazón, para establecer entre nosotros alguna amistad, parecieronme otros tantos rasgos de insultante coqueteria. «¡Hola, hola! Con que ¡quiere asegurarse de mí como de un recurso, por si Rashleigh no se compadece de ella! Verá que no soy hombre para caer en semejante lazo: le haré ver que conozco sus tretas y que las desprecio.»

Este desahogo de indignación, tan fuera de lugar, prueba



que no me eran del todo indiferentes los atractivos de miss Vernon, (no lo había reflexionado) y me senté á la mesa muy encolerizado contra ella y las demás hijas de Eva.

De momento sorprendióse al oírme contestar, en desapa- cible tono, á dos ó tres observaciones donosas que se per- mitió con su ordinaria libertad. Mas, no suponiendo en mí intención alguna de mortificarla, contentóse replicando en igual sentido, aunque con más urbanidad y con cierto inge- nio. Por fin, reparó en que estaba yo realmente de mal humor, y, después de una de mis salidas de tono:

— Señor Frank, — dijo, — reza el proverbio que no hay tonto de quien no se aprenda algo. El otro día oí al primo Wilfrid negarse á continuar tirando el bastón con el primo Thornie, porque el primo Thornie se enojaba y sacudia más fuerte de lo que permiten, á lo que parece, las reglas del juego. « Si quisiera romperte la crisma, sin escrúpulos, — dijo el va- liente muchacho, — poco me importaría el verte encolerizado, porque así me sería más fácil; pero no me gusta recibir serios golpes sobre la cabeza mientras que yo los doy en broma. » ¿ Comprendéis la moral de la historia, Frank?

— No me hallo todavía, señora, en la necesidad de buscar las partículas de buen sentido con que esos caballeros sazonan sus razonamientos.

— Necesidad, ... señora, ... ¡ Me dejáis admirada, señor Os- baldistone!

— Mucho lo siento.

— ¿ Ese talante afectado proviene de un capricho, ó le habéis adoptado sólo para añadir mérito á vuestro buen humor?

— Tenéis aquí derecho á la consideración de tantos caba- lleros, miss Vernon, que no os sienta bien el preguntar por- qué mi ingenio es pobre y mal templado.

— ¿ Eh? ¿ Eso significa que habéis desertado de mi partido para pasaros al enemigo?

Puso los ojos en Rashleigh, sentado á la otra parte de la mesa, y, notando que nos acechaba con singular atención, añadió:

*Ahora entreveo la verdad terrible!  
Rashleigh se fija en mí con vista horrible,  
Indicando su presa...*

Pero, á Dios gracias, en mi estado de abandono, he asistido á la escuela de la paciencia y no me ofendo por una tontería. Para no verme envuelta, de buen ó mal grado, en una que- rella, me retiré antes de lo acostumbrado, y deseo que dijiráis bien la cena y el mal humor.

Dijo y abandonó la mesa.

Su salida dejome muy corrido por mi conducta. ¿ Qué había hecho yo? A las primicias de una amistad, de que la joven me había dado pruebas tan sinceras, durante la vispera, había res- pondido á lo avestrúz. Había casi amenazado con un insulto á aquel sér delicioso, sin apoyo sobre la tierra, cuya condición lamentaba ella de un modo tan conmovedor. ¡ Ah! Me había portado con indisculpable brutalidad.

Para combatir ó ahogar en mí tan dolorosas reflexiones, honré más de lo acostumbrado la botella que circulaba alre- dedor de la mesa. En el estado de desorden por que pasaban mis sentidos, y, sóbrio como era yo, no tardé en experimentar los efectos del vino. Los bebedores de profesión pueden, según parecer general, entregarse á tales excesos sin debilitar mucho su inteligencia, la cual, ni en ayunas, es nunca muy firme; pero aquellos que no han contraído la inveterada costumbre de la embriaguez, sienten, de una manera más viva, su perniciosa influencia.

Mi cerebro, ya calentado, desbordóse hasta la extravagancia. Ocurriéronse ideas sin cuento; discuti á derecho y siniestro, enredéme en historias sin piés ni cabeza y, á intervalos, solté carcajadas estupendas; acepté muchas apuestas sobre cosas en que no entendía palabra; desafié, á la boxa, al gigantesco Jhon, por más que éste, durante un año, no hubiese tenido rival en las luchas de Hexham, ni me hubiese aventurado yo á una sola embestida. Mi tío tuvo la bondad de intervenir para oponerse



á semejante locura, que no hubiera dejado de terminar á costas de mi individuo.

La malignidad ha llegado hasta suponer que entoné una canción báquica; pero, como no tengo recuerdo de ello, y en mi vida he modulado un sonido, ni antes ni después, me complazco en creer que es una calumnia gratuita. Bastantes necedades cometi para que no haya de añadirse la indicada.

Si no perdí por completo el conocimiento, perdi, en cambio, toda clase de dominio sobre mi mismo, y convertíme en juguete de los furiosos movimientos que me agitaban. Habíame sentado á la mesa mohino, descontento y decidido á guardar silencio, y la embriaguez convirtiómeme en charlatán, quisquilloso y pendenciero. A todo opuse dificultades, y ataqué, en presencia de mi tío y sin miramiento alguno, sus sentimientos políticos y religiosos. La moderación que simulaba Rashleigh, mezclando, en dosis calculadas, los rasgos más sangrientos, exasperóme mil veces más que los clamores y fanfarronadas de sus turbulentos hermanos. Sir Hildebrando, (debo hacerle esta justicia,) esforzóse en restablecer la calma entre nosotros, pero su autoridad fué desconocida en medio del tumulto de las pasiones.

Por fin, herido hasta el frenesí por cierta injuriosa alusión, real ó supuesta, arrojéme sobre Rashleigh y le di un bofetón. El más endurecido é imperturbable estoico no hubiera recibido tamaño ultraje con más despreciativa serenidad. Lo que, en apariencia, conceptuó indigno manifestar, Thorncliff lo expresó. Las espadas salieron de sus vainas y habíamos cambiado ya algunos pasos cuando se nos separó á viva fuerza. No olvidaré jamás la risa infernal que hizo contraer las repugnantes facciones de Rashleigh cuando éste me vió arrastrado hacia fuera por dos de aquellos jóvenes titanes. Encerráronme en mi aposento y, con inexplicable ira, les oí riendo á carcajada suelta mientras bajaban la escalera. En mi furor, probé de derribar la puerta, pero el hierro que la sujetaba pudo más que mi esfuerzo. Acabé por echarme en cama y dormirme, ideando para el siguiente día terribles proyectos de venganza.

Con él llegó el grave arrepentimiento. Sentí, en la forma

más dolorosa, lo violento y absurdo de mi conducta, y hube de reconocer que el vino y la cólera me habían degradado muy por debajo de Wilfrid, á quién consideraba al igual de un bruto. La necesidad de excusar mi inconveniente modo de proceder no endulzaba, ni con mucho, la amargura de mis remordi-



mientos, máxime al pensar que miss Vernon debería ser testigo de mi humillación: ella con quien, para colmo de desgracia, me había portado tan mal, sin que me quedara el triste recurso de achacar mi falta á la embriaguez.

Abatido bajo el peso de tales sentimientos de vergüenza y



de envilecimiento, bajé para desayunarme, como criminal que va á oír su sentencia.

La casualidad había hecho que una espesa neblina impidiera la partida de caza, y que la familia entera, á excepción de Diana y de Rashleigh, estuviera reunida al rededor de una empanada de caza, y de un solomo de buey. Mortificación de más. No bien entré en el comedor, manifestaron gran alborozo, y fácilmente conocí que se divertían á costas mías.

En efecto: lo que estaba yo dispuesto á lamentar no parecía, á los ojos de tío y sobrinos, sinó un lance de buen género, y así bromeando acerca de mis hazañas de la vispera, el viejo castellano juró que era preferible, á mi edad, embriagarse tres veces por día, que acostarse á sangre fría como presbiteriano que deserta la sociedad de bulliciosos compadres y de una alegre pinta de burdeos. En demostración de sus frases de consuelo, llenó mi vaso de aguardiente, exhortándome á que cortara «un pelo de la bestia que me había mordido.»

—Deja á los chicos que rían á sus anchas, sobrino! —prosiguió.—Habrían sido, como tú, verdaderas sopas de leche, si no los hubiera criado, por decirlo así, entre el asado y la botella.

En general, mis primos no tenían mal carácter, y observaron la pena que me causaban aquellas alusiones á los incidentes de la vispera, por lo que procuraron, con bondadosa torpeza, borrar tan penosa sensación. Sólo Thorncliff refunfuñaba y parecía guardarme rencor. Desde mi llegada, este joven me había tomado inquina, por lo que estaba yo ajeno de recibir del mismo alguna de las muestras de ruda simpatía que, en ocasiones, me dispensaban sus hermanos. Si era cierto, como empezaba ya á presumir, que se le consideraba en la casa ó que se consideraba él mismo, cual futuro esposo de miss Vernon, tal vez miraba con celos la predilección con que Diana distinguía á un recién-llegado, que podía convertirse en peligroso rival.

Rashleigh apareció, por fin. El tinte sombrío, extendido como gasa fúnebre sobre su fisonomía, revelaba que no había olvidado el cruel é injustificable insulto que le infiriera yo. Mi plan estaba trazado de antemano, habiéndome convencido, á

fuerza de razonamientos, de que el verdadero honor consistía nó en batirme, sinó en presentar mi exculpación por una ofensa tan poco en armonía con el agravio de que hubiera podido quejarme.

Saliendo, pues, con toda prisa al encuentro de Rashleigh, expresé á éste lo mucho que me mortificaba el pensar en la violencia de que me había hecho culpable para con él.

—Nada del mundo, —dije, —me arrancara una sola palabra de excusa, á no haber sentido ya la inconveniencia de mi proceder. Espero, primo mio, que aceptéis la seguridad de mi sincero remordimiento y que tengáis á bien achacar gran parte de mis yerros á la excesiva hospitalidad del castillo de Osbaldistone.

—Será tu amigo, muchacho, —exclamó el honrado *baronet*, con profunda alegría, —ó que Dios me condene si sigo llamándole hijo mio. Vamos, Rashie! ¿Qué haces ahí plantado como un tronco? *Lo deploro...* ¿Qué más puede decir un hidalgo que ha obrado mal, sobre todo después de beber? Yo he servido á Hounslow, y sé lo que me digo en cuestiones de honor. Cese la vuestra, y vamos todos juntos á perseguir al tejón por las cuevas de Birkenwood.

La fisonomía de Rashleigh, conforme lo he hecho notar ya, no se parecía á otra alguna, y aquella originalidad provenía no sólo del carácter de sus rasgos salientes, sino tambien de la movilidad de expresión de los mismos. En el tránsito del dolor á la alegría, de la cólera á la satisfacción, prodúcese un ligero compás de espera, antes de que el nuevo sentimiento borre enteramente del rostro el que reemplaza. Es un fenómeno moral parecido al crepúsculo que separa las tinieblas de la luz: los músculos tirantes se aflojan, esclarcense los sombríos ojos, la frente contraída se dilata; la fisonomía, en una palabra, se despoja de su aspecto violento, para presentarse calmada y serena. La de Rashleigh no pasaba nunca por tales gradaciones, revisitiendo, casi sin transición, la máscara del sentimiento opuesto al dominante. Con nada acierto á comparar mejor este efecto que con un cambio de decoración en un teatro donde, al silbo



del tramoyista, desaparece una caverna y se presenta una floresta.

La singularidad de que hablo maravillóme, como nunca, en tal ocasión. Al penetrar en la sala, Rashleigh estaba « sombrío como la noche »; escuchó sin inmutarse, mis explicaciones y la exhortación de su padre, y, apenas hubo terminado éste, su rostro tomó de improviso su aspecto risueño. Manifestóme, con frases las más corteses y afables, su satisfacción completa ante la reparación honrosa que le acababa yo de ofrecer.



— ¡ Dios mio ! — exclamó. — Tampoco mi cabeza es muy resistente, y en cuanto le mando más de tres vasos de vino, ya no me queda, como al honrado Casio, más que un vago recuerdo de la vispera. Se me reproducen las cosas confusamente; nada de preciso;... una disputa y nada más. Por tanto, querido primo, — añadió estrechándome amistosamente la mano, — juzgad de mi complacencia observando que estoy en el caso de recibir explicaciones en vez de hallarme en el de darlas. Asunto concluido, pues. Gran tontería fuera el comprobar una cuenta cuyo balance, que temía me fuese contra-

rio, se decide inopinadamente en favor mio. Ya veis, señor Frank, que uso el lenguaje del comercio, preparándome, lo mejor que puedo, para mi nuevo estado.

Al disponerme á contestarle, levanté los ojos que tropezaron con los de miss Vernon, la cual, habiendo entrado sin mover ruido, acababa de prestar atento oído á las palabras de Rashleigh. Corrido y confuso, bajé la cabeza y pasé á sentarme al lado de mis primos, quienes no habían dejado de probar todos los manjares del almuerzo.

Mi tío tomó pretexto de las escenas de la vispera para dirigirnos una lección de moral práctica. Aconsejónos, con la mayor seriedad del mundo, á Rashleigh y á mí, que nos corrigiéramos de nuestras costumbres de « sopa con leche », según su expresión favorita, y que acostumbráramos, poco á poco, nuestros cerebros, á soportar la cantidad de vino propia de hidalgos, sin disputar ni venir á las manos. Al efecto, será conveniente, desde los primeros tiempos, sorber una doble pinta de burdeos cada día: lo bastante, con ayuda de la cerveza y del aguardiente, para novicios en el arte de beber.

Para infundirnos ánimo, añadió que había conocido á muchas personas de nuestra edad que no apuraban su correspondiente botella á cada comida, las cuales, frecuentando el trato de honrada compañía y gracias á los buenos modelos, concluyeron por figurar entre los más listos vividores de su época, despachando sus seis botellas, sin riñas ni bravatas en el acto, ni resentimientos y asperezas al siguiente día.

No aproveché en lo más mínimo lo razonado de semejante advertencia, ni la halagüeña perspectiva que me hacía entrever, sinó que, cuantas veces volví la cabeza hacia el lado en que estaba miss Vernon, sorprendí las miradas de ésta fijas en mí, y creí leer en ellas la expresión de una conmiseración grave mezclada de duelo y de cierto arrepentimiento. Pensé en los medios de provocar explicaciones y de excusarme, mas ella misma se resolvió á evitarme el disgusto de solicitar una entrevista.

— Primo Francis, — dijo dispensándome igual título que á



los jóvenes Osbaldistone, aunque no me unía á ella lazo alguno de parentesco; — leyendo esta mañana la *Divina Comedia*, del Dante, me he atascado en un pasaje difícil. ¿Tendréis la bondad de subir á la biblioteca para ayudarme con vuestras luces? Cuando me habréis descifrado el sentido del oscuro Florentino, irémos á reunirnos con la compañía para ver cómo ha logrado sacar al tejón de su madriguera.

Contesté, con natural ansiedad, que estaba á sus órdenes. Rashleigh se ofreció á acompañarnos.

— Soy algo más hábil — dijo, — para inquirir el pensamiento del poeta, á través de las concisiones y metáforas de su estilo inculto y nebuloso, que para arrojar de su madriguera á un pobre é inofensivo anacoreta.

— Perdonad, Rashleigh, — expuso Diana; — mas ya que vais á ocupar la plaza del señor Francis en las oficinas de su padre, fuerza es ceder el cuidado de continuar la educación de vuestra discípula. Recurriremos á vos, si es necesario, y por ende os ruego que dejéis ese aspecto fúnebre. Aparte de que sería vergonzoso para vos no entender nada en materia de caza. ¿Qué le vais á contestar á vuestro tío de Londres, si os pregunta cómo se acosa á un tejón?

— ¡ Ah! Tienes razón, Diana, mucha razón! — dijo el viejo señor suspirando. — Capaz es de quedarse con la boca cerrada si se le pone á prueba. Hubiera podido adquirir conocimientos útiles, como sus hermanos, porque ha sido educado en la buena escuela, y de ello me enorgullezco; pero las tontadas francesas y la lectura de los librotos, los nabos de Holanda y los ratones de Hannover (E) lo han barajado todo en la vieja Inglaterra. ¡ Vamos, Rashleigh! ¡ En marcha, y trae acá mi venablo! Tu prima no necesita de tus servicios, y yo no permito que se la contrarie. No quiero que se diga que en el castillo hubo sólo una mujer, y que ésta murió por no haber podido gobernar á su antojo.

Rashleigh obedeció, no sin decir en voz baja á miss Vernon:

— ¿ Supongo que será conveniente hacerme acompañar por el cortesano Ceremonia, si resuelvo llamar á la puerta de la biblioteca?

— No, Rashleigh, no; — replicó la joven; — no os rocéis más con el falso mágico Disimulo: es el mejor medio de aseguraros libre acceso durante nuestros coloquios clásicos.

Y, dicho esto, dirigióse hácia la biblioteca. La seguí... Iba á decir como un criminal que se dirige al patíbulo: comparación de que creo me he servido ya una ó dos veces. Baste con saber que la seguí presa de malestar y de turbación, y que habría dado cualquier cosa para evitar ésta: tan necia é inoportuna me parecía despues de haber respirado los aires del continente tiempo bastante para aprender que la lijereza, la galantería y una confianza de buen tono deben ser distintivos del caballero á quien una linda mujer concede el favor de una entrevista.

La naturalidad, empero, me impuso aquellas formas extrañas, y hubo de ser muy ridícula mi situación cuando miss Vernon, sentándose magestuosamente en holgado sillón, como juez que se prepara á tratar una causa importante, designóme con el gesto una simple silla de enfrente, en que me coloqué á guisa de acusado en su banquillo.

Acto seguido, principió á hablar la joven en tono de amarga ironía.

